

Terminología estética y lenguas romances

EN LA CONMEMORACION DE UN MILENARIO

Después de invocar, ocasionalmente, el Profesor José María Lacarra las *Glosas emilianenses*, «primeros balbuceos del romance castellano», sentaba, como historiador, la tesis de que «si los monasterios de la Rioja, a lo largo del siglo X, se van en cierto modo navarrizando —tanto en cuanto a la composición de sus comunidades religiosas, como a los libros que copian o redactan—, siguen, no obstante, abiertos a las corrientes culturales que llegan tanto del Occidente peninsular como de la Europa continental»¹.

Con efecto, en aquella centuria, un monje de San Millán tradujo, por vez primera, a lengua vernácula algunos pensamientos de cierto sermón de San Agustín, cuya expresión literal ha llegado hasta nosotros. «Facanos Dios omnipotes —concluía— tal serbicio fere que delante ela sua face gaudiosos seyamos»².

Y, justamente, la coyuntura de celebrarse, en este año histórico, el Milenio del nacimiento del idioma hispánico más universal —ya se entiende que de su testimonio gráfico— explicaría, a falta de otras razones, nuestra intención de apurar en su fuente misma el significado de los términos alusivos a la belleza.

De hecho, tal interés lingüístico-estético se remonta a una vivencia personal, por virtud de un estudio ha tiempo leído, al que pertenece el siguiente párrafo: «Mientras filósofos y otros pensadores han ido meditando, sin llegar a cabal acuerdo, sobre cuáles son las notas esenciales de la belleza, y aun antes de que ellos tal intentasen, aquel maravilloso y misterioso pensamiento anónimo que estructura las lenguas nos revela su sentir por medio del origen de las palabras con que se ha expresado la idea o el concepto de la belleza»³.

1 LACARRA, J. M., Historia de! *Reino de Navarra en la Edad Media* (Pamplona, 1975). p. 85.

2 Cfr. *Glosas emilianenses*, glosa 89. folio 72, código 60.

3 FONT PUIG, P., Sobre los *términos que en distintas lenguas significan belleza*, en "Revista de Ideas estéticas", núm 7 (Madrid, 1944) pp. 59-73.

No juzgamos necesario reproducir aquí las conclusiones a que el Profesor Padro Font fue conducido por los senderos del sánscrito y del hebreo hasta al hontanar greco-latino en su limpidez clásica. Bástenos consignar que las acepciones estéticas de «forma», «esplendor», «gozo», «bondad», «conveniencia», se encuentran ya en las raíces del tronco indoeuropeo. Parece oportuno, sin embargo, continuar aquella tarea, a través de las lenguas vivas más próximas a nosotros, si bien partiendo, inevitablemente, de la romanidad.

Dos vocablos —*formosus*, *bellus*— destacan particularmente en el horizonte etimológico de las lenguas hispánicas. No ocurre lo propio con los términos *venustus*, *speciosus* y *pulcher*, tal vez por su carga mitológica, el primero, y por caídas semánticas o fonéticas, los últimos. El dato, por lo demás, de que un poeta como Ovidio llamara a la primavera *formosum tempus* y un intelectual como Cicerón proclamara *puella bellissima* a una muchacha, autorizaría por descontado su versión estética.

En cuanto a la procedencia del sustantivo *forma*, originante de *formosus* con todas sus implicaciones filosóficas, cabe suponerlo oriundo del dórico *morphá* o del helénico *morphé*, mientras que resulta problemático el origen del adjetivo *bellus*, acaso proveniente de *benulus*, diminutivo del arcaico *benus*, asimilable al más generalizado *bonus*.

La interpretación estética de la forma fue incorporada al pensamiento latino-cristiano hasta tal punto que, en Agustín de Hipona, pudo germinar toda una dialéctica de la oposición *formosus-deformis*, sintonizada en el concierto de un orden universal⁴. Y su heredero espiritual, Isidoro de Sevilla, padre de nuestra cultura hispano-romana, caminará entre las «diferencias» esclarecedoras —*figura est artis, forma naturae*— y las «etimologías» rebuscadas, como la expresión *formosus a formo dictus*, entendiendo por *formum* lo cálido que mueve la sangre y determina la belleza, por ejemplo, del rostro humano⁵. Realismo antropológico que no le impedirá, sin embargo, elevarse desde la frágil hermosura creada hasta la suprema e inalterable del Creador.

Instalados ya en el hito histórico del siglo X emilianense, apenas percibiríamos una leve resonancia estética a través del vocablo «gaudiosos» impregnado más bien de religiosidad monástica. Por el contrario, el soplo poético de la siguiente centuria nos traería las *Jarchas*, y en ellas el «bel vigore» de la amorosa Alba, cuyo «bon» o bien, es claramente identificable con la hermosura.

4 Cf. SVOBODA, K., *La estética de San Agustín y sus fuentes*. Versión y prólogo de Luis Rey Altuna (Madrid, 1958) pp. 154 ss.

5 ISIDORO DE SEVILLA, *Differentiae*, I, n. 161. *Etymologiae*, XIII, col. 471 ss.

Corría el siglo XII cuando el *Cantar del Mío Cid*, en un conocido pasaje de alta calidad estética, describió la figura de Don Rodrigo, junto a Doña Ximena y sus hijas Doña Elvira y Doña Sol, contemplando, desde el Alcázar, la huerta valenciana.

«Ojos vellidos catan a todas partes,
miran Valençia commo yaze la cibdad,
e del otra parte a ojo han el mar,
miran la huerta, espesa es e grand.»

Versos adelante, nos pinta el poeta, con homérica pincelada, el paternal afecto de Mío Cid hacia los Infantes de Carrión, bien ajeno todavía al perjurio y afrenta de Corpes.

«Alegrós mío Cid fermoso sonrrisando:
¡venides, míos yernos, míos fijos sodes ambos!»

Cabe señalar, dentro del marco semántico de estos fragmentos, la acepción de «vellido», término aplicado a elementos de un conjunto, y la de «fermoso» atribuido a la persona íntegra, el propio Rodrigo de Vivar, de la «barba vellida».

Aun a trueque de alterar el orden cronológico de este tránsito por el lenguaje estético, parece ineludible presentar ya, siguiera brevemente, los demás idiomas peninsulares de origen latino: el galaico-portugués y el catalán.

En las *Cantigas d'amigo*, la joven solitaria de San Simón —ermita anclada en el interior de la ría de Vigo— exclamaría entre suspiros: «Morrerei fremosa no mar maior... Morrerei fremosa no alto mar...». Y en las *Cantigas de Alfonso X* no se escatiman los piropos dirigidos a Nuestra Señora. «Esta é de loor de Santa María, com' é fremosa et boa, et á gran poder», anuncia una cantiga, para culminar en este expresivo requiebro: «Rosa de beldad e de parecer, et flor d'alegría et de prazer». Y es la propia Santa María, en actitud de Virgen Peregrina, quien se muestra a los romeros «mui bela moller de corp' e de faiçón».

Los vocablos equivalentes en la lengua de Catalunya —«bell», «formós»— denotan, pese a la distancia, un proceso análogo, como se confirma en un texto de *La Atlántida*, cantada por Jacinto Verdaguer con musicales versos:

«Veu á l'Angel d'Espanya, hermós y bell,
que ahí' amb sus ales d'or cubrí a Granada,
aixamplarlas avuy como l'estelada
y ferne l'ampla terra son mantell.»

Pero la riqueza idiomática de la Hispanidad no se agota con las lenguas romances. La Vasconia de Estrabón, en efecto, hablaba un idioma de remoto origen, que ya en el Medioevo marcaría, con sus huellas, vitelas emilianenses y elocuentes toponimias.

Así, el venerable *Cartulario* de San Millán consagraba la denominación de «Larrahederra», referida a una localidad burgalesa cercana a los montes de Oca⁶. Y no resulta difícil seguir, en cualquier mapa, o en la realidad misma, el curso del «Urederra», pintoresco río de montaña que vierte al Ega, en las proximidades de la Estella monumental⁷.

La raíz «eder», pues, con sus múltiples derivados euskéricos, parece expresar un concepto genérico de belleza natural, a diferencia de otros vocablos en uso —«galant», «polit»—, vinculados, por lo común a personas, y que, por otra parte, despiertan sospechas de un trasvase lingüístico.

Al filo del siglo XIII, la inspiración cristiana de Gonzalo de Berceo inaugura una vena poética cuyo riego fecundará las apenas florecidas letras castellanas. Mas la fronda trascendente de los *Milagros de Nuestra Señora* no oculta ciertos claros de luz naturalista, como la confidencia de aquel verso: «Poseme a la sombra de un arbol fermoso». Y el copioso despliegue de matices:

«El prado que vos digo avie otra bondat
percalorninpor frio non perdie beltat...
Tornemos ennas flores que componen el prado
que lo facen fermoso, apuesto e temprado.»

Aun cuando hayamos tropezado en el clérigo de Berceo con rasgos de fina sensualidad, entre conceptos de espiritual belleza, no sería lícito equipararlo al clérigo Juan Ruiz, también cantor de Santa María a la vez que galanteador de serranas y exquisito poeta.

Recordemos, una vez más, aquellos sentidos versos:

«¡Estrella de la mar! — ¡Puerto de folgura!
¡De dolor e pesar — e de tristura
venme librar — e conortar
Señora, del altura!»

6 Cf. PÉREZ DE URBEL, J., *LOS vascos en el nacimiento de Castilla*, en "Vizcaya en la alta Edad Media" (Bilbao, 1976) p. 83.

7 Cf. *Atlas de Navarra* (Pamplona, 1977).

Y las conocidísimas trovas:

«Cerca de Tablada — la sierra pasada
falleme con Alda — a la madrugada...
Fallé una serrana — fermosa, lozana
e bien colorada.

Dixel' yo a ella — Omillome, bella...
Yo l' dix: Frio tengo — e por eso vengo
a vos, fermosura: — Quered, por mesura,
Oy darne posada...»

Los términos hermosura y belleza parecen haber sido fijados, definitivamente, en el lenguaje del valle del Ebro y de la meseta castellana, con indistintas aplicaciones a las tierras y a las gentes —también a la Señora del cielo—, aunque susceptibles, aquéllos, de ulteriores retoques, que no se harían esperar.

Y habrán de ser los *Cancioneros* —a fuer de cortesanos ya distantes del mester de clerecía— los protagonistas de la modulación semántica vaticinada. Por lo pronto, se registra en el *Arbol del amor*, de Diego Hurtado de Mendoza, una consideración netamente subjetiva.

«Aquel árbol del bel mirar
face de manera flores quiere dar:
algo se le antoja.

Aquel árbol del bel veyer
face de manera quiere florecer:
algo se le antoja.»

Su hijo, Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana, retorna, iniciado el siglo XV y en su octavo *Soneto fecho al itálico modo*, a la objetivación de la belleza natural, relacionándola con el arte, a través de una no, por reiterada, menos bella metáfora.

«¡Oh dulce esguarde, vida e honor mía,
segunda Elena, templo de beldad,
so cuya mano, mando e señoría
es el arbitrio mío e voluntad!»

La idealización, en fin, por parte del Marqués, de las fornidas serranas del Arcipreste propiciará nuevas delicadezas literarias.

La serranilla sexta, por ejemplo:

«En un verde prado — de rosas e flores
guardando ganado — con otros pastores,
la vi tan graciosa — que apenas creyera
que fuese vaquera — de la Finojosa.»

O también la novena:

«Mas vi la fermosa — de buen continente,
la cara placiente — fresca como rosa.»

Al ritmo evolutivo de nuestros poetas medievales, ha caminado, paralelamente, su terminología. Y no puede extrañar que asimismo fructificara el propio pensamiento. Ahí están, para atestiguarlo, las *Coplas* de Jorge Manrique a la muerte de su padre Don Rodrigo, «una de las creaciones líricas más profundas y bellas de toda nuestra literatura», como se ha dicho con entera justicia ⁸.

Permítasenos evocar un par de estrofas transidas de numen poético.

«Decidme: la hermosura,
la gentil frescura y tez
de la cara,
la color e la blancura,
cuando viene la vejez
¿cuál se para?

Las mañas y ligereza
y la fuerza corporal
de juventud,
todo se torna graveza
cuando llega el arrabal
de senectud.»

En el marco escatológico de las *Coplas* se reserva, como ha podido advertirse, un destacado lugar a la belleza humana, bajo el doble aspecto estático y dinámico, fundidos ambos, algo más tarde, en la cancioncilla de Gil Vicente —el lusitano de expresión bilingüe— calificada por Dámaso Alonso como «la más sencillamente bella de la poesía española». Dice así:

«Muy graciosa es la doncella:
¿cómo es bella y hermosa!

8 ALBORG, J. L., *Historia de la Literatura Española* (Madrid. 1970) Tomo I, p. 373.

Digas tú, el marinero
que en las naves vivías,
si la nave o la vela o la estrella
es tan bella.

Digas tú, el caballero
que las armas vestías,
si el caballo o las armas o la guerra
es tan bella.

Digas tú, el pastorcico
que el ganadico guardas,
si el ganado c los valles o la sierra
es tan bella.»

Grato empeño sería continuar la búsqueda de novedades estéticas, a través de sus respectivos vocablos, y confirmar así la riqueza de matices propios de un idioma en pleno desarrollo. Mas, inmediatamente, surge nuestra obvia renuncia, tan sólo quebrantada por una alusión final a dos célebres poetas, los más representativos, acaso, del Renacimiento: Gutierre de Cetina y Luis de León.

La tierna reconvencción, el razonable galanteo y la apasionada súplica se dieron cita en aquellos inmortales versos:

«Ojos claros, serenos,
si de un dulce mirar sois alabados,
¿por qué, si me miráis, miráis airados?

Si cuanto más piadosos,
más bellos parecéis a aquel que os mira,
no me miréis con ira,
porque no parezcáis menos hermosos.

¡Ay, tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al menos.»

En cuanto al cantor de la «Noche serena», hemos de reconocer que, con su palabra armoniosa y justa, ha compuesto todo un himno estelar a la Belleza trascendente, sintetizada en una estrofa perfecta.

«Inmensa hermosura
aquí se muestra toda; y resplandece

Luis REY ALTUNA

clarísima luz pura,
que jamás anochece;
eterna primavera aquí florece.»

Los monjes benedictinos de San Millán de la Cogolla no precisarían adjuntar, a la sazón, más glosas en romance castellano, convertido en idioma culto, merced, entre otros, a nuestro místico escritor Malón de Echaide. Y en el futuro, los textos sagrados, así como sus comentarios, podrían llegar, sin rodeos lingüísticos, a conocimiento de doctos e iletrados.

Por fortuna para más de un lector, esta breve aportación estética va a cerrarse ya con una expresión agustiniana, evocadora del primer documento romanceado: «Si bellas son las cosas que él hizo, cuánto más bello será quien las hizo»⁹.

Luis REY ALTUNA

9 AGUSTÍN DE HIPONA, *Ennarrationes in Psalmos*, ps. CXLVIII.